

CAPÍTULO V

CONCLUSIONES

Al principio de esta investigación se propuso que los problemas sociales, tales como la carencia de espacio suficiente en las viviendas y la misma creciente falta de ellas en las ciudades, así como la disminución de las familias extensas (Borges y Gómez 1998:11 y 14) y del tiempo para cuidar de todos los miembros, eran factores que podrían llevar a los ancianos a vivir fuera de la unidad doméstica. Sí se encontró correlación con problemas familiares y falta de tiempo para la atención de los adultos mayores en cinco de los 14 casos. Los demás fueron internados por falta de dinero para vivir en casa propia, atención por parte de un especialista y, porque tampoco tuvieron familia que los pudiera cuidar. Pero cabe mencionar que estos ocho casos eran de personas viudas, divorciadas o solteras, sin hijos. Quienes no contaban con familia nuclear al momento de entrar a la Fundación Gabriel Pastor. Del total, cuatro fueron internados por terceros, uno tuvo una forma de ingreso desconocida y el resto se internó por voluntad propia. Lo cual nos indica que la tercera parte de estas personas no pudo encontrar techo ni cuidados con sus hijos y el resto no lo pudo encontrar o no lo buscó con sobrinos ni hermanos, ni otros familiares. Lo cual podría ser una consecuencia del cambio en la estructura familiar, pues en algunos casos no se formó una nueva familia y en otros la familia extensa no fue una opción.

Estas personas no viven con los sujetos que alguna vez llamaron familia. Estos datos también indicaron que el factor económico resultó de suma importancia, puesto que en seis de los casos, ninguno paga por sí mismo la cuota para su estancia en la Fundación, mientras que otras seis personas no quisieron hablar al respecto, pero algunas sí manifestaron su arrepentimiento por no tener suficiente dinero para tener una casa propia. Este es un síntoma de que el sistema de pensiones no es el adecuado, algunas de estas personas no aportan nada económicamente para su manutención, porque no tienen nada. Los mecanismos de seguridad económica para la vejez como los seguros y las pensiones como parte de la bio-política estatal para alargar la vida (Foucault 1992b:106-109) están fallando, en su lugar, la familia empieza a cubrir estas funciones (Wong y Lastra 2000:532). Estamos en un momento de transición, pues la pirámide poblacional está cambiando drásticamente (CONAPO 2005b), así que este es un momento decisivo que marcará cuales serán las políticas que regirán la calidad de vida de millones de ancianos en los próximos años.

Algunos de ellos escogerán vivir en un asilo de ancianos. De los que ya viven en uno privado, del proceso de adaptación que siguió a la forma de ingreso, se tomaron en cuenta diferentes factores como su estado civil, si habían tenido hijos o no, el grado de escolaridad y su vida laboral. Se encontró una población con diverso grado de escolaridad, desde no terminada la básica, hasta profesional. Doce entrevistados desempeñaron un trabajo asalariado y dos fueron amas de casa. Todos se mostraron orgullosos de su vida laboral y de su capacidad de viajar. También se tomó en cuenta la fuerza que una institución total puede ejercer sobre un individuo para modificar su conducta (ver Foucault 1992a; Foucault 1992b; Goffman 1990). Se encontró que la Fundación Gabriel Pastor cumple con los puntos para ser considerada un institución total,

según el esquema de Goffman (1990), puesto que se encuentra una población aislada del resto, esta población duerme y pasa las horas del día dentro de ella y no es fácil que salgan de ahí. También estos internos son sujetos de órdenes, reglas y castigos que intentan uniformar las conductas para hacer manejable la institución. De esta forma hay una rígida separación de los horarios y espacios concerniente al género –si son residentes– y al grupo al que pertenezcan, cuya mínima trasgresión se castiga con una reprimenda verbal, por parte de las autoridades, que implica cierta humillación.

Así mismo hay una segunda población que trabaja en este lugar, pero que tiene su propia familia y pasa sus horas libres y de sueño en otro lugar y que tiene diferentes niveles de interacción con los internos. Pero más importante y decisivo, pueden abandonar el lugar en el momento que lo decidan. Por estas características, este asilo de ancianos forma parte de una institución total. Pero contrario a otras como la cárcel, donde los individuos están encerrados en contra de su voluntad, estas personas tienen la libertad de decisión para salir de la institución cuando ya no quieran vivir en ella, pero comúnmente no lo hacen, por lo menos no sucedió con ninguno de los entrevistados ni se observó que otro residente del asilo halla siquiera intentado abandonar las instalaciones de forma definitiva.

Así que para entender la adaptación de una población en muchas formas desigual a esta institución total, es necesario partir de las razones que dieron para soportar una vida a la que no estaban acostumbrados o a ciertos tratos y servicios con los que no están de acuerdo.

Primero se deben destacar las razones que llevaron a estas personas a internarse: necesidad económica, como se mencionó anteriormente, por cualquier razón, no tienen dinero suficiente para costearse cuidados en su propia casa o ni siquiera tiene una casa. Y

necesidades biológicas pues la percepción cultural es que el cuerpo se debilita con el tiempo (Thomas 1983:58), ellos lo saben y así lo creen. Piensan que eventualmente ya no les será posible satisfacer sus necesidades biológicas más básicas ni las afectivas ni sociales por si mismos por lo que necesitarán que alguien lo haga por ellos.

Así que el primer paso que dieron para la adaptación fue reflexionar en que estarían mejor en un lugar donde los pudieran atender y donde pudieran convivir con más gente. Después se encuentran con toda una serie de reglas institucionales y de nuevas situaciones como es el obedecer a gente más joven o con un estatus social al que ellos consideran menor que el suyo. Pues la mayoría de los entrevistados, hablaba despectivamente de la gente de limpieza, haciendo alusión a que no tenían educación ni valores y por lo mismo se creían propensos a groserías, maltratos y robo por parte de estos empleados.

Por la falta de enfermeras, es la gente de intendencia quienes además de sus labores de limpieza de las instalaciones, ayudan a asear y a alimentar a los ancianos. Así que si la gente de limpieza no puede o no quiere hacer una de estas labores, a los residentes no les queda más que esperar a que puedan ser atendidos, lo que les causa molestia porque dependen de ellos.

Para algunos, esta nueva rutina también incluye que no verán a sus familiares y amigos tanto como quisieran, pues entre los horarios para visitas y los nuevos motivos y excusas para no verlos, se pueden ir deteriorando las relaciones sociales con la gente del exterior. Durante la investigación sí se encontró una correlación entre tiempo dentro del hogar para ancianos y la baja en los visitantes recibidos.

Sin embargo, la influencia institucional no es tan fuerte en el comportamiento como se había pensado al principio, puesto que por una parte sí hay reglas y horarios,

sobre todo concernientes a la comida y visitas, pero por otra, algunas normas fueron flexibles durante la investigación. Institucionalmente no se obliga a nadie a hacer algo que no quiera, especialmente usando la coerción. Aunque cabe señalar que sí hubo denuncias y observaciones de burlas, robos y golpes de los trabajadores hacia los internos. Como cuando los bañaban, especialmente a los ancianos con alguna enfermedad mental, se oía a las camilleros-afanadoras gritándole y burlándose de él; los robos parecían ser una constante en la mente de varios residentes, se les veía preocupados por cerrar lo mejor posible sus armarios, por esconder sus posesiones valiosas y por llevar consigo lo que sabían corría peligro de ser robado; los golpes no se presenciaron, pero una de las internas en silla de ruedas, expresó que dicha condición se debió a una golpiza dentro de la institución. Los ejemplos mencionados no son parte de la política de la Fundación, y aunque no conforman la rutina diaria de todos los residentes –especialmente los golpes-, de cierta forma es parte de la vida que algunos de los internos tienen que asumir y al mismo tiempo aprender que tipo de comportamientos son correctos para poder utilizarlos a su conveniencia (Wilson 1968:148).

Se pudo también observar que el modelo de Goffman (1990:188-189) sobre la adaptación se podía aplicar a esta institución, donde hay un primer momento en que los internos se familiarizan con las reglas y la conducta que se espera de ellos y hay un segundo momento en el que saben manejarlas a su favor. Pues los residentes saben que hay cosas imposibles de hacer, como pasar la noche con alguien del género opuesto, o beber licor enfrente de alguna autoridad, pero saben también que hay un rango de posibilidades dentro de lo estipulado y permitido por la Fundación y sus trabajadores. Así que no se observó que llevaran a cabo conductas riesgosas que pudieran acarrear su expulsión, como sería una pelea a golpes o tratar de transgredir los espacios que saben

que no tienen permitido circular. Pero sí violaban otras reglas y cuando se les llegaba a llamar la atención, se refugiaban en la conducta esperada: la de un anciano que necesita atención, pues confesaron que llegaban a fingir que no escuchaban las órdenes o reprimendas o aceptaban calladamente y en cuanto podían lo volvían a hacer. De esta forma muchos de ellos usan los medios que les proporciona la institución y desempeñan el papel que se espera de ellos para conseguir sus propios fines (Wilson 1968:148).

Lo cual lleva a la parte de la resistencia. El vivir en una institución total no es suficiente para romper el espíritu de una persona, todos los entrevistados mostraron su oposición o descontento hacia la institución y la gente que labora en ella de alguna forma. Hubo quien enfrentó directamente a la administradora cuando no la dejaron recibir una visita fuera del horario, y cuando no quiso recibir el apelativo que la administradora le imponía, el de señora en vez de señorita. Al final hizo creer a la administradora que tenía la razón, pero conmigo se jactaba de esa anécdota burlándose. Hubo otros casos mencionados en este documento de gente que no se enfrentó directamente a la autoridad, pero que buscó medios no autorizados para lograr lo que quería como la señora Mina a quien le pusieron la cabecera de su cama de un lado que no quería, por órdenes de la administradora y, a la semana siguiente, la cabecera estaba de nuevo en el lugar preferente de la señora Mina. Hubieron otros residentes que se quejaron con otros de los comportamientos de las autoridades, como cuando me fue dicho que había una interna con demencia senil a quien amarraban a la cama en contra de su voluntad. De esta forma se vio que el enfrentamiento directo es posible, pero es la opción de resistencia menos usada. La burla, el chisme, la queja con otros y la realización de algunas acciones no permitidas detrás de la autoridad fueron las formas de resistencia más comunes.

Por último cabe mencionar que como todas las personas que viven, ya sea fuera o dentro de una institución de este tipo, lo hacen porque tienen un motivo para hacerlo. Y si continúan viviendo, es porque en ese lugar, su vida tiene también sentido. Como se mencionó en el capítulo anterior, se encontró que el último paso dentro de la adaptación fue encontrar una nueva motivación (Frankl 1989:109). Así estas personas podían seguir vivas debido al sufrimiento, como en el caso de la señora Ana que se quejaba profundamente del abandono de su familia, o por la realización de una actividad todos los días, como fue el caso de otros residentes como la señora Hortensia, el señor Nacho o el señor Juan, quienes ordenaban su habitación, armaban rompecabezas o usaban mucha fuerza y concentración para poder salir a caminar al patio de la Fundación. Según su propio caso, cada persona encontró una rutina diferente y decidió seguirla.

También cabe mencionar que la religiosidad que estas personas presentaron pudo ser un factor importante para encontrarle sentido a seguir viviendo dentro de una institución como esta, pues este lugar es católico, atendido por Hermanas Josefinas, en donde se reza el Rosario todos los días y hay una capilla en la que exponen al Santísimo cada miércoles, además de las mismas de los domingos. No todas las personas participaban en todas estas actividades religiosas, pero hablaban con mucho respeto de las monjas, tenían imágenes católicas en sus cuartos y en su discurso, casi siempre incluían a algún miembro de la Santa Trinidad o a la Virgen, especialmente cuando hablaban de la suerte que habían tenido en la vida o del porqué aún seguían sobre la Tierra: "... Ya estoy mal, pero Dios sabe hasta cuando nos va a llamar. Si no me he ido es porque todavía me quiere por aquí ¿no?" (Gonzalo, residente [FGP]. Apuntes campo 2005). En otra ocasión, otro residente mencionó: "...Dicen que en Holanda a los viejitos que ya no quieren seguir

viviendo les dan una pastilla... ¡Imagínate que así hicieran aquí!... Pero no, a Dios no le gusta eso ¿verdad?” (Juan, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Es así que ellos están convencidos que si siguen aquí, es porque Dios así lo quiere. Sin embargo son estas personas quienes buscan ayuda o dejan de buscarla para llevar la calidad de vida que decidieron tener durante los últimos días o años de su existencia.

Así que estos hombres y mujeres, con diferente estado civil, escolaridad, clase social, vida laboral y hasta edad, tuvieron mucho en común: son católicos creyentes, en donde no cabe la opción de suicidio y se debe aceptar lo que Dios pone en el camino, bueno o malo, una vida corta o larga. Todos son mayores de 65 años, lo cual los encasilla socialmente bajo el apelativo de “ancianos, adultos en plenitud o adultos mayores”. Todos aceptaron que era mejor vivir en una institución con restricciones y hasta malos tratos a la posibilidad de vivir abandonados, sin dinero, desprotegidos y vulnerables y sin las atenciones necesarias, pues aceptan que sus cuerpos decaerán y no les obedecerán por siempre. Pero el aceptar su situación no es sinónimo de que se vuelvan cuerpos sin voluntad, pues continúan demostrando adaptabilidad y resistencia.

Este estudio documenta lo que sucede en un asilo de ancianos particular de la ciudad de Puebla que está inserto en un proceso demográfico, social, económica y culturalmente cambiante. Y se propone que se compare con lo que sucede en los públicos y con otros estudios que se realicen cuando la pirámide poblacional esté invertida.